

Comentario al evangelio del lunes, 30 de mayo de 2011

Queridos amigos y amigas:

En el evangelio del día de hoy, Jesús anuncia dos realidades: Por un lado el envío del Espíritu de la Verdad y, por otro, el odio del mundo disparado contra aquellos seguidores que desde el principio han estado con él. No es el único lugar donde Jesús previene a los suyos sobre las graves consecuencias que comporta ser amigos de Jesús y testigos suyos. El mismo Jesús sabe en carne propia el altísimo riesgo que acarrea el testimonio coherente del evangelio. Al anunciar ese destino, tan trágico como posible, no pretende asustarles sino estimularles en la fe, de manera que no se tambaleen cuando les llegue la prueba. Curiosa es la forma con la que Jesús les anima, previniéndoles sin maquillajes ante la posibilidad más dura: el conflicto y la muerte.

Este anuncio que les hace Jesús lleva implícita una inaudita consideración sobre la culpabilidad de los verdugos: ¿El odio del mundo puede estar causado por la ignorancia? Pues sí. En el fondo todo pecado es ignorancia: evitable o no, culpable o no, pero ignorancia. Ello, aunque no excusa su malicia ni anula la responsabilidad del causante del daño, subraya que quienes les den muerte no se darán cuenta de sus consecuencias. Una especie de obnubilación o de eclipse de conciencia les alejará de la verdad de Dios. Los perseguidores son, en el fondo, ciegos. “No saben lo que hacen”, apostillará Jesús desde la cruz.

Frente a esos oscuros presagios nos encontramos con Lidia, esa decidida mujer que aparece en la primera lectura tomada de los Hechos de los Apóstoles. Para ella, el contacto con los testigos, lejos de sumirla en la incomprensión y en el odio, la lleva a la apertura de corazón y a la hospitalidad. Cuando escuchaba a Pablo, el Señor le abrió el corazón. Inmediatamente se hizo bautizar y forzó a Pablo y a sus compañeros a hospedarse en su casa donde les atendió.

Vuestro amigo y hermano,
Juan Carlos cmf

Juan Carlos Martos, cmf
